



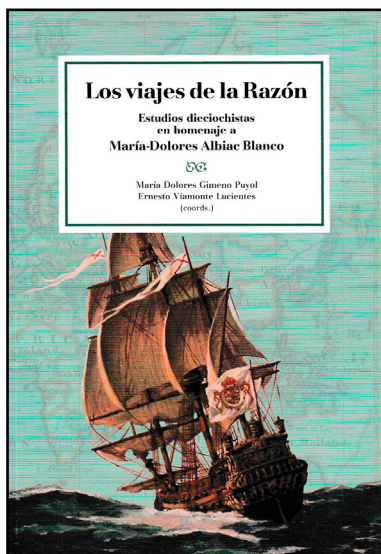
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 22 (2016)

María Dolores GIMENO PUYOL y Ernesto VIAMONTE LUCIENTES (coords.) (2015), *Los viajes de la razón. Estudios dieciochistas en homenaje a María-Dolores Albiac Blanco*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 399 pp.



Recientemente jubilada tras una larga trayectoria académica, le ha cumplido recibir a María-Dolores Albiac Blanco el merecido homenaje de amigos, compañeros y discípulos, materializado en esta enjundiosa gavilla de «estudios dieciochistas». Aunque la profesora Albiac se ha distinguido igualmente por su trabajo acerca de diferentes figuras señeras de nuestra literatura del siglo XX —no en vano, dedicó su tesis a Ramón Pérez de Ayala—, el núcleo de su investigación ha tenido por objeto, por recordar una vez más el verso de Iriarte, «el siglo (que llaman) ilustrado», y a su pluma se deben publicaciones bien conocidas por los especialistas relativas al estudio de diversos aspectos acerca de las obras de Luzán, Cadalso, Moratín, Jovellanos, Goya, el conde de Aranda o Félix de Azara, labor esta de la que viene a ser síntesis y culminación su cumplido *Razón y sentimiento, 1692-1800*, tomo cuarto de la *Historia de la literatura española* dirigida por José-Carlos Mainer y publicado por la editorial Crítica en 2011.

Creo que empezar por este mínimo recuento bibliográfico no es ocioso porque muchos de los estudios aquí reunidos parten de la actividad investigadora de la profesora Albiac, volviendo sobre sus temas más afectos; en tal sentido, como suele suceder en este tipo de homenajes (e, incluso, como es preceptivo), no son raras las cordiales alusiones a su trabajo ni

a su persona (pp. 167, 270, por citar solo dos ejemplos) y, de hecho, la mayoría de las colaboraciones del volumen incluyen en sus respectivas bibliografías publicaciones de la homenajeada. He de apresurarme, tras esto, a hacer dos precisiones: en primer lugar, este tono amable, circunscrito, por lo demás, a las introducciones de distintos artículos, no obsta en lo más mínimo el rigor de los ensayos del volumen —que, por dar por una vez la razón al texto promocional de la solapa, sin duda «va más allá de un homenaje al uso, debido a la calidad de las colaboraciones»—; en segundo lugar, creo que las tres patas que sustentan este libro, a saber, exigencia científica, respeto intelectual por la maestra homenajeada y aprecio personal por «Lola» Albiac representan, discreta y honestamente, lo mejor de la actividad universitaria entendida de la mejor manera posible, esto es, como verdadera manifestación del Humanismo. Sin duda, todo ello hace de *Los viajes de la Razón* un libro singular y valioso.

El conjunto de estos *viajes*, nutridos por 23 colaboraciones, se articula en cuatro partes, precedidas por un breve y emotivo delantal de carácter biográfico de Jesús Delgado Echevarría. La primera sección, «Figuras dieciochescas», pasa revista a la actividad de diferentes personajes sobresalientes de nuestro Setecientos; la segunda, «Ilustración y modernidad», toma en cuenta, desde una perspectiva más, digamos, ideológica, algunas de las fundamentales transformaciones del Dieciocho; la tercera, «El cosmopolitismo ilustrado», tiende puentes entre la literatura y el conocimiento dieciochescos españoles y sus manifestaciones americanas y europeas; la cuarta y última, «Un siglo en perspectiva», atiende distintas ramificaciones de la lectura de la Ilustración hecha en los siglos XIX y XX. Hay que precisar que los cuatro apartados, de proporcionada extensión, se estructuran internamente por orden alfabético; y, más importante, que favorece la lectura del conjunto la brevedad de las colaboraciones así como su variedad temática, que pasa de la filología a la historia, sin desdeñar la jurisprudencia o la medicina, en una rica mirada interdisciplinar infrecuente en este tipo de misceláneas cuando toman por marco algún otro siglo de nuestra historia literaria, pero saludablemente frecuentes en las obras colectivas de perfil dieciochista.

Abre las «Figuras dieciochescas» Pedro Álvarez de Miranda con un minucioso estudio acerca de los componentes de la frustrada Academia del Buen Gusto de Zaragoza, en el que lista a sus 88 integrantes y ofrece precisa y sintética información de todos y cada uno de ellos. A continuación, Jesús Fernando Cáteda Teresa traza un breve recorrido por algunas de las líneas medulares de la poesía de Juan José de Salazar Hontiveros, llamando la atención sobre sus ingredientes posbarrocos y sus atisbos de renovación. Seguidamente, Teófanos Egidio se refiere a las hostilidades habidas entre carmelitas y jesuitas ejemplificando su análisis en la obra satírica del poeta José Antonio Butrón y Mújica, que ha venido despertando creciente interés en los últimos tiempos. Asunción Fernández Doctor, por su parte, reconstruye con detalle, a partir de numerosa información de archivo, la trayectoria del médico ilustrado aragonés Alejandro Ortiz y Márquez. En penúltimo lugar, María Victoria López-Cordón Cortezo se ocupa, también mediante meritoria documentación inédita, de la obra literaria de María Josefa de Sajonia, tercera esposa de Fernando VII. Clausura este apartado Inmaculada Urzainqui, quien llama la atención sobre el carácter pionero de Feijoo en el ejercicio de la historia cultural en España, proponiendo un sugestivo recorrido por la obra feijoniana y tratando de dar respuesta, entre otros asuntos, a qué desconocida obra se refiere el benedictino en la carta décima del tomo cuarto de *Cartas eruditas*.

Principia la segunda sección del volumen, «Ilustración y modernidad», con un entretenidísimo trabajo —valga el inapropiado calificativo— en el que Francisco Aguilar Piñal da a conocer el inédito reglamento interno de la sociedad libertina «La bella unión», que

después estudia y cuyo trágico devenir no olvida tampoco historiar (aunque quizá pudiera sobrarle a este modélico artículo su primer párrafo, que Aguilar Piñal no necesita). María Dolores Gimeno Puyol, que también centra su colaboración en una obra inédita, da a conocer una serie de poemas «de urgencia», solo parcialmente publicados hasta la fecha, acerca del motín de Esquilache, que primero analiza y cuya edición ofrece en forma de apéndice. Posteriormente, Emilio La Parra López examina las variaciones experimentadas por la monarquía en los últimos compases del siglo XVIII, en especial durante el reinado de Carlos IV y su ulterior crisis. Consuelo Miqueo, consecutivamente, vuelve la vista sobre el *Diccionario de Medicina y Cirugía* de Antonio Ballano, centrándose en su significación, trascendencia y novedades, pero sin desatender sus precedentes ni su complejo devenir bibliográfico (complementado todo ello con una serie de esmerados gráficos). De no menor cuidado hace gala Guillermo Pérez Sarrión en su trabajo sobre el censo de extranjeros en la ciudad de Madrid durante el bienio 1764-1765, que le permite analizar la actividad de los principales financieros y comerciantes franceses en la capital española. A renglón seguido, Ricardo Robledo se ocupa de la polémica desatada en 1796 acerca de la reforma universitaria entre el padre Ceballos y Forner, lo que lo lleva a avalorar la renovadora propuesta de este último, generalmente tenido por anti-ilustrado. Ya por último, Alberto Romero Ferrer trata la renuente relación de los ilustrados con los géneros teatrales más populares, sainetes y tonadillas, en la encrucijada del «descubrimiento del pueblo como realidad social, pero también como entidad artística y cultural».

«El cosmopolitismo ilustrado», tercera jornada de estos *viajes*, se inaugura con el sistemático análisis de José María Enguita Utrilla dedicado a la presencia en la obra americanista de Félix de Azara de elementos aragoneses, principalmente en lo que respecta a la aplicación de categorías españolas para explicar el Nuevo Mundo, lo que se sustancia en el plano lingüístico y, más en concreto, léxico de sus escritos. Guillermo Fatás, a continuación, se ocupa en un original artículo de la recurrente aparición de Miguel Servet en la obra de Voltaire, y, más aún, de un particular exabrupto volteriano que toma al oscense por protagonista. Juan F. García Bascuñana estudia, partiendo del juicio provocador de Riquer y Valverde —o acaso solo de Valverde, como él mismo matiza—, la recepción del popular *Telémaco* de Fénelon en los siglos XVIII y XIX, deteniéndose, entre otros, en el interesante caso de Blanco White. Pasando de Francia a Italia, Juan José Gil Cremades escruta la recepción española de los *Defectos de la jurisprudencia* de Muratori, lo que le permite dibujar las líneas maestras de la obra jurídica muratoriana y su lectura por parte de los pensadores del derecho en España, antes y después de la traducción castellana de los citados *Defectos*... María de las Nieves Muñoz Muñoz da noticia de la traducción inédita que José Antonio Porcel y Salablanca hizo del tratado *De las virtudes de los premios* del jurisconsulto Giacinto Dragonetti, obra esta de intrincada transmisión que Porcel vertió al español desde el francés, «sin perder de vista el original italiano», como la autora demuestra (cierra su colaboración, por cierto, editando el «Prefacio del traductor» de Porcel). Finalmente, Alicia Piquer Desvaux cartografía el periplo literario de Leprince de Beaumont, poniendo en relación las más recientes aportaciones bibliográficas sobre su figura con una personal lectura de su obra original.

Comienza Joaquín Álvarez Barrientos la sección final, «Un siglo en perspectiva», con un trabajo dedicado a la visión que del siglo XVIII ofrece Benito Pérez Galdós en sus primeras novelas —*El audaz* y la serie original de los *Episodios Nacionales*—, que hace acompañar con la sagaz reconstrucción de las fuentes historiográficas y literarias de las que Galdós hubo de valerse. Dando un salto hacia adelante, Leonardo Romero Tobar recorre la relación entre Jovellanos y Goya en textos novelísticos, dramáticos y poéticos de los últimos tiempos (catálogo siempre susceptible de seguir actualizándose, y al que quizá ya

pueda añadirse la última novela hasta el momento de Juan Pedro Aparicio, *Nuestros hijos volarán con el siglo*). Dejando atrás las fronteras españolas, Àngels Santa vuelve los ojos sobre la lectura que George Sand hizo de Jean-Jacques Rousseau y de cómo en la obra de aquella se transparenta la del ginebrino. En último lugar, cierra el volumen Ernesto Viamonte Lucientes, quien emprende el exhaustivo estudio y contextualización —no ajeno a un declarado afán reivindicativo— de la antología en tres volúmenes *Poetas líricos del siglo XVIII* de Leopoldo Augusto de Cueto, obra que ciertamente es, ciento cincuenta años después de su publicación, la más completa de las existentes sobre el periodo —incluye más de tres mil quinientos poemas— y el único lugar en que leer todavía a muchos de los poetas del momento, lo que este artículo pone de manifiesto mediante numerosa información cuantitativa y cualitativa, entre la que se cuentan diferentes índices (de autores, de reediciones...); tampoco falta la atención a la mucho menos conocida *Historia crítica de la poesía castellana del siglo XVIII*, del propio Cueto.

Aun a riesgo de ser repetitivo, ha de destacarse en el sostenido conjunto la cantidad de documentos inéditos que se publican o de los que se da noticia por primera vez en estas páginas; sea dicho todo ello, por cierto, sin menoscabo de los sugestivos planteamientos que *Los viajes de la Razón* acogen acerca de distintos obras o autores ya bien conocidos. He de decir, finalmente, que la labor de los dos coordinadores, María Dolores Gimeno Puyol y Ernesto Viamonte Lucientes, se me antoja irreprochable: nos encontramos, en conclusión, ante un volumen muy bien tramado y planificado, en que destaca la escogida nómina de temas y colaboradores a la par que el concienzudo trabajo de revisión (no he encontrado otra errata que un intrascendente error de impresión, que, en las pp. 205-206, estorba ligeramente la interpretación clara de los dos gráficos circulares). Por último, en lo que a la factura del volumen respecta, es cierto que en algunos momentos he hallado vagamente incómodo para la lectura el brillo del papel, que está, por su alta calidad, ligeramente satinado; sin embargo, se trata de una cuestión de entidad menor que no empaña los múltiples méritos formales —pues los relativos al fondo han ya quedado claros— de una obra que, desde el inmejorable diseño de cubierta y contracubierta, es lo que debe ser. Esto es, un merecido homenaje que honra a quien ha sabido merecerlo y a quien oportunamente ha tenido la generosidad de brindarlo.

Rodrigo OLAY VALDÉS.